

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 9 DE MAYO DE 1909

NÚMERO 71



LOS TITIRITEROS

(CONTINUACIÓN)

Y dando un empujón á uno de los del corro de su adversario, acercóse á éste, y antes de que pudiera estorbar su intento, arrebató del suelo la famosa bola de los cien kilos, y dijo:

—Toda la habilidad de este pobre hombre consiste en levantar á pulso esto, cosa que un niño de teta puede hacer también, porque, señores, esto no es de acero, sino de cartón.

Ayuntamiento de Madrid

Y encarándose con el espectador más próximo, le suplicó:

—Hágame usted el favor, caballero, de alzar esta bola.

El aludido, un tanto receloso, hizo lo que se le indicaba.

Admirado al notar que sin esfuerzo ponía la bola por encima de su cabeza, exclamó:

—¡Pus es verdá...! ¡Si esto pesa menos que una pelota de goma!

Hércules, encendido en ira y abochornado, rugió una maldición y fué á arrojarle sobre su adversario; pero se vió sujeto por su mujer y su hija, que, temblorosas, le suplicaban no se comprometiese por aquel mal hombre.

Y aquí terminó el lamentable incidente, no sin que Sansón y Hércules cruzasen entre sí miradas de inextinguible odio.

III

Ya ha salido el sol muchas veces desde el día aquel en que pudo terminar trágicamente la odiosa rivalidad de los titiriteros, y éstos, en su vida errabunda, han recorrido también muchas ciudades y aldeas.

Es una tarde de otoño. La caravana de maese Hércules ha hecho alto en la umbría de un bosque, y al pie de una haya se sienta para dar descanso á sus cuerpos, doloridos por penosa caminata. El pueblo adonde se dirigen dista aún unas dos leguas, y es imposible llegar á su recinto en aquella jornada.

Los titiriteros determinan pasar la noche en el bosque.

Julietta, la hija de maese Hércules, escucha el canto de un parlero ruiseñor, y siente el capricho, harto disculpable en una pobre muchacha que tan pocos caprichos puede permitirse, de apoderarse del gentil músico.

Seguida de Tom, el payaso, se interna en la espesura. Los exploradores miran atentos á las copas de los árboles, y se detienen en su marcha para orientarse acerca del rústico palacio que alberga al solitario cantor.

Llegan á un claro del bosque, y Julieta y Tom se detienen aterrorizados al sorprender una escena tan inesperada como la que les ofrece un hombre y un oso que luchan; el oso rugie, lleno de furia; el hombre, con un palo, quiere castigar al rebelde, y el rebelde, rabioso y dolorido, da un zarpazo en la cabeza al que le castiga, haciéndole rodar ensangrentado por el suelo.

Los pobres muchachos lanzan un grito simultáneo de angustia; el oso, al oírlo, abandona su presa y se entra en la espesura gruñendo sordamente.

Julietta y Tom se acercan al hombre que yace en tierra desmayado, y no pueden reprimir un gesto de asombro.

Señalándose uno al otro, los dos exclaman con acento inefable:

—¡Maese Sansón...!

Pero no vacilan por un instante en cumplir con lo que les dicta su alma generosa. Tom corre á un peñasco, por el que se desliza un hilillo

de agua, humedece su pañuelo, y con él lava la ensangrentada frente de Sansón, le venda, y, ayudado de Julieta, levanta su cuerpo, y con aquella pesada carga retornan adonde se encuentran los suyos.

Maese Hércules, su mujer y hasta la mona miran estúpidamente el extraño cortejo.

Al enterarse de lo ocurrido y de quién es la víctima, Hércules no puede reprimir un gesto de profundo disgusto; va á decir alguna frase poco caritativa en tales momentos, y Julieta, tapándole con su manita de azucena la boca, le dice:

—Padre, debemos amparar á los desgraciados, aun cuando sean nuestros más mortales enemigos. Eso dice Dios, y eso me has enseñado tú.

Maese Hércules se conmueve, y murmura:

—Tienes razón, hija mía; debemos amparar á los desgraciados, aunque sean nuestros enemigos.

Y levantándose, forma con los hatillos de ropa un lecho, y ayuda á tender en él á maese Sansón. Después le cubre con su propio abrigo, y, sacando de un maletín árnica y vendas, dispónese á curarle lo mejor que sabe y puede.

Maese Sanson y maese Hércules son hoy en día dos amigos que emulan á Castor y Polux. Se han unido, y forman una gran compañía. Alientan la esperanza de poder comprar pronto un lindo barracón desmontable en donde lucirse.

D. LARRÚ.





LAS BONDADES DE NINI

XXV

¡Valiente rabieta cegí! ¡Con pataleo, cachetina y todo! Pegué á la monjita, y me tiré al suelo gritando:

—¡No me da la gana quedarme aquí!, ¡fea!, no quiero! ¡Que me lleven á mi casa! ¡Que vengan los abuelos! ¡Mamá...! ¡papá...! ¡Piluca...! ¡Sultán...! ¡Venir...! ¡Ay...! ¡socorro...!

.....
 Cuando abrí los ojos me encontré en una alcoba donde había muchas camas y muchas niñas acostadas; la monjita estaba sentada á mi lado, y cuando me desperté, dijo:

—¡Buenos días, señorita Niní, muy buenos días! ¡Mira cuántas niñas como tú, que serán amiguitas tuyas... ¿ves qué preciosas y qué buenas? Ahora van á rezar, fijate Niní, ya verás cómo me llaman madre Rosario... además... ahora, en cuanto acabe yo de vestirme, te voy á enseñar el amiguito mejor que vas á tener aquí... ¡El Niño Jesús...! Te llevaré á que le veas en el altar que hay al otro lado del dormitorio... ¡y le rezarás...!

Conforme me iba hablando la monjita, me iba vistiendo; yo la escuchaba con la boca abierta, y estaba casi contenta.

—¿Y mamá?—pregunté.

—Ya vendrá á verte pronto; ahora ya estás vestida y vamos á ver al gran amigo que tendrá aquí Niní.

Me llevó á un altar donde estaba el Niño Dios ¡la mar de preciosos! Le rezamos un rato grande, y luego pregunté:

—¿Y querrá ser amigo mío, madre Rosario?

—¡Ya lo creo!—contestó ella.—Ya lo es; fijate en que ya me has

llamado *madre Rosario*, jeso es que el Niño Jesús comienza á ser tu protector. Siempre que desees algo pídeselo á El, Nini!

—Bueno, bueno, se lo pediré.

Después que tomé chocolate con otras muchas niñas, me llevaron á jugar al jardín, ¡me divertí más! Jugamos al corro, y á la gallinita ciega, y al escondite. ¡Huy qué risa! ¡Yo nunca me he divertido tanto!

Después fuimos á una sala muy grande que se llama *clase*; se sentaron todas las niñas como yo; las niñas grandes se fueron á otras salas. La madre Rosario las preguntaba cosas, y ellas las decían, y luego cantaban todas á un tiempo, y luego... yo no sé cómo explicar esas cosas; no sé lo que hacían, vamos no sé... Después comimos... es decir, yo no comí porque no me gustó, y la dije á una monjita:

—Oye, tú, monja...

—Nini, hija mía, *tu amigo* el Niño Jesús se alegraría mucho si te oyese decir: «Oiga usted, madre Esperanza...»

—¡Ah! ¿pero lo oye desde aquí?

—¡Ya lo creo! lo oye y lo ve todo.

—¡Bueno, bueno! Es muy precioso el Niño Jesús, y la madre Rosario me ha dicho que le pida todo lo que quiera, y que me lo dará...

—¡Es verdad!

—¿Sí? Pues... ¡Oye, Niño Jesús, dame croquetas y pasteles, porque esto que me dan aquí no me gusta y tengo hambre!—grité muy fuerte.

La madre Esperanza se echó á reír; dijo un recado á otra monja, y al poco rato me pusieron un plato con croquetas y otro con pasteles.

—Ya ves como te ha oído y te ha complacido el Niño Jesús—me dijo la monjita.—Pero, en cambio, es preciso que tú seas buena y hagas lo que El te diga; lo primerito que te dice es que nos llames, madre Fulana ó madre Zutana.

—¿Y cuál es la madre Fulana, la que me ha traído los pasteles?

El caso es que después de comer fuimos otra vez al jardín, y jugamos á la pelota, y al aro.

En seguida las niñas me quisieron mucho, y jugábamos juntas y todo; después íbamos á cenar, y luego á dormir á la alcoba de muchas camas, y eso mismo hicimos muchas veces y muchos días... muchos días... hasta que una vez me acordé de pronto y dije:

—¡Atiza! ¿Pero cuánto tiempo hace que yo no veo á mis papás ni á los abuelines, madre Rosario?

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





RELATOS DE CAZA

EL OSO DEL CÍNGARO

Después de estar casi todo el día corriendo de calle en calle, el cingaro compró en una tienda un poco bacalao y se pasó á una bodega para comérselo junto con un mendrugo que le dieron de limosna.

Al principio, los bebedores, no acostumbrados á recibir tales visitas, se escamaron un poco, y aun se apartaron del greñudo bohemio; pero pasados unos instantes, como vieran al pelirrubio cuadrúpedo tumbarse á la bartola, sin dar muestras más que de un profundo cansancio, se acercaron y comenzaron á charlar y á beber en compañía del cingaro, menudeando tanto las palabras y los tragos, que al poco tiempo eran todos los mejores amigos.

—Este terrible animal—decía el mendigo—procede de muy lejanas tierras. Es el tercero que, domado, ha vivido en mi compañía, y á fe que, si ahora me proporciona el sustento, bastante cara fué para mí su adquisición...

—¡Le costaría á usted lo menos sesenta reales!—interrumpió un labriego.

—¡Más...! ¡Mucho más...!—contestó el cingaro—Costóme la vida de un amigo querido por mí como un hermano. En una caverna situada en lo más agreste de los Pirineos vivía este oso con sus padres. Enterados mi amigo y yo por unos pastores de la vecindad de las alimañas, ofrecímonos para cazarlas, pensando que con dcmar á los pequeñuelos podríamos continuar ganándonos la subsistencia, pues los osos que por entonces llevábamos se caían ya de puro viejos. En un día de primavera, apenas amaneció, emprendimos la marcha subiendo por una altísima

montaña cubierta en sus cimas de immaculadas nieves. Era una mañana hermosa. El sol inundaba el suelo de luz y calor, y las nieves, deshelándose, vertían entre las disformes y pardas rocas mil sutiles arroyuelos de quebradizo curso y algunos espumosos torrentes. No habríamos caminado mucho, cuando vimos un oso adulto. Disparamos sobre él, lo matamos, y, siguiendo sus recientes huellas, llegamos á una caverna en cuyos alrededores cabeceaban unos enebros agitados



por el viento. Sin duda era la señalada por los pastores. Nos aproximamos con cautela y escuchamos... Al pronto nada percibimos, pero transcurridos unos instantes oímos el sordo

gruñir de los cachorros. Sin detenerse, pasó mi amigo diciéndome que lo aguardara, y haciéndolo estaba cuando lo sentí gritar, primero fuerte y luego débilmente..... Iba ya á precipitarme en la caverna; pero he aquí que siento un gran estrépito, al mismo tiempo que un oso, rápido como una exhalación, sale babeando de rabia y enseñando, en una siniestra mueca, sus ensangrentados dientes..... Lo ví alejarse y me interné en la gruta..... En medio de ella estaba mi amigo muerto, y en el fondo gruñían dos oseznos. Lleno de pena, pero convencido de que lo hecho no podía remediarse, cogí los cachorros y me los llevé al pueblo: el mayor se lo entregué á la familia del desventurado difunto, y el más pequeño es éste que me acompaña.....

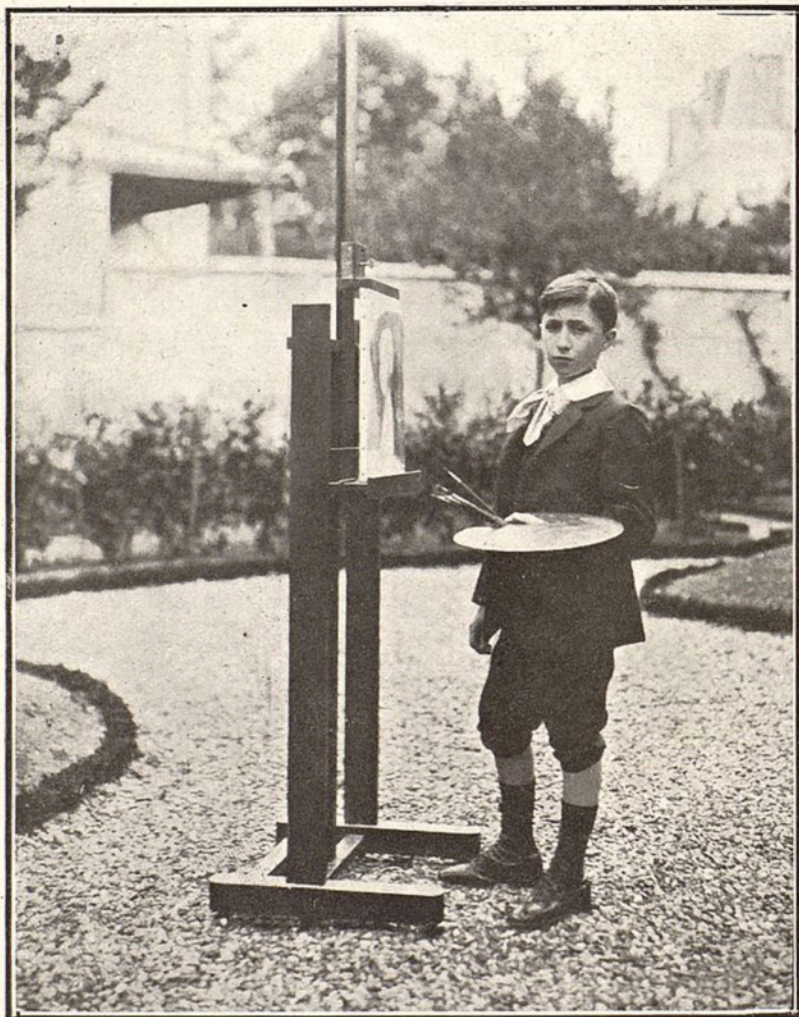
José A. LUENGO.



SAN BUENAVENTURA. CARDENAL. CUADRO DE DAWANT

El pintor se ha inspirado en uno de los episodios más tiernos de la vida del Santo para componer este cuadro interesante. Cuando los delegados del Papa fueron á llevar á San Buenaventura la púrpura cardenalicia,

se le encontraron en la cocina del convento ocupado con sus hermanos en humildes menesteres, según cuentan los historiadores de la época conmovidos con el hermoso y edificante ejemplo.



UN ARTISTA PRECOZ

En la actual Exposición de Pinturas de París ha merecido generales elogios el cuadro presentado por Lavallard, niño de trece años que pinta como un maestro.

Lavallard tiene temperamento de artista, y sobre todo mucho amor á su arte. Se pasa pintando el tiempo que á su edad emplean otros niños en divertirse. Pero aunque sepamos que trabaja con entusiasmo, siempre nos asombrará verle, con tan pocos años, brillar en un arte tan difícil. Es uno de los casos de precocidad más admirables.

Ayuntamiento de Madrid



MARGARITA LA MIMADA

(CONCLUSIÓN)

PASC. Ya lo sé. Que al señorito nunca le he hecho yo tilín, pero como á la señora de soltera la serví y la serví de casada, y la pensaba servir.

ROSAL. *(Con pena.)*
Pascual.

VÍCT. Vamos, acabemos.
¿Qué papel trae usted ahí?

PASC. El papel es para usted.
(Se lo entrega á Rosalía.)
Pues me vengo á despedir porque me voy con don Pedro.

ROSAL. ¿También estás contra mí?

PASC. Perdone usted, señorita. Ya con él me debí ir cuando murió aquella santa de mi señora, y no fui, la verdad, porque quería, mientras pudiera, vivir donde vivieran *mis nenas*, yo siempre las llamo así.

CLEM. } Pascual. *(Conmovidas.)*
BLAN. }

PASC. ¿Se van con don Pedro?
¡Pues con don Pedro hay que ir!

PEDRO. Corazón leal y honrado, no tendrás queja de mí.

PASC. Siento también, ¡pero mucho!, ¡por qué no lo he de decir?,

dejar á mi señorita Rosalía, pero aquí con la niña no es posible. La niña es un querubín de bonita, pero el genio, y el mimo, y las *mañas*, y otras cosas que me callo, para poderlos sufrir tenía un hombre que ser lo que yo en mi vida fui: más paciencuzado que Job y más valiente que el Cid.

VÍCT. *(Que ha leído el papel que le dió Pascual.)*

Esto es inicuo...

ROSAL. ¿Qué pasa?

VÍCT. Mira el modo de escribir de tu doncellita Julia.
(Da la carta á Rosalía.)

PASC. Se la escribió el zascandil de Felipe, el jardinero, y éste, después de reñir con ella, me dió esa carta, y es claro, yo la leí, y, es natural, me enteré de que esa moza gentil tan humildita y tan suave es peor que un puercoespín, y que pone á los señores como hoja de perejil.

VÍCT. *(A Pascual.)*

Bien; basta de comentarios.

ROSAL. ¡Quiénlo había de decir cómo nos trata!

PEDRO. Queridos
(*A Rosalía y Pedro.*)
hermanos: jamás sentí
afición á lo dramático,
y si pude al recibir
la carta de nuestros primos
enojarme y vine aquí
con el propósito firme
de armar la de San Quintín,
deseo en este momento
el asunto concluir
tranquila, afectuosamente.

ROSAL. ¡Pedro! ¡Renuncias al fin
á llevarte á mis hermanas?

PEDRO. No renuncio, porque así
creo cumplir mi deber;
pero lo quiero cumplir
sin que el cariño de hermanos
se altere. Niñas, venid;
(*A Clemencia y Blanca.*)
quiero que conferencemos
los tres antes de partir.
(*Clemencia y Blanca besan á Ro-
salía que las abraza enternecida.*)
Buscamos el bien de todos
y no una venganza ruin,
y hemos de seguir queriéndonos
los cinco como hasta aquí,

LUIS. ¡Los siete!

PABLO. ¡Justo, los siete!
La carta que escribió Luis
y firme con él no ha sido
con objeto de...

VÍCT. Sí, sí. (*Enojado.*)
Comprendo, no os molestéis.

LUIS. (*A Pablo.*) Calla, es inútil.

VÍCT. En fin,
que no dejas á las niñas.

PEDRO. No debo.

ROSAL. Adiós, siempre aquí
tendréis una casa abierta.

PEDRO. Lo mismo podéis decir
vosotras. ¿Por qué afligirse?

BLAN. Adiós.

CLEM. Adiós.

LUIS. (*A Pablo.*) ¿Vamos?

PABLO. Sí.

(*Saludan á Rosalía y Víctor y
salen con Blanca, Clemencia, Pe-
dro y Pascual.*)

ESCENA FINAL

ROSALÍA, VÍCTOR y después MARGARITA.

ROSAL. Víctor, la carta de Julia
es traidora y es infame.

VÍCT. Debes despedirla.

ROSAL. Hoy mismo
pienso ponerla en la calle,
pero...

VÍCT. ¿Qué duda te ocurre?

ROSAL. No es duda, Víctor. ¿Quién sabe
si lo que dice, salvando
lo grosero de las frases,
es justo! Todos convienen
en que somos unos padres
ciegos, y en que este cariño
puede ser muy entrañable,
sin que por eso perdamos
autoridad y carácter

MARG. (*Entra corriendo.*)
Papá, papá. No las dejes
marchar. Que van á marcharse.

ROSAL. Déjalas, ven tú conmigo.

MARG. No quiero. Quiero quedarme.

ROSAL. Ven aquí, yo te lo mando.

VÍCT. ¡Anda, obedece á tu madre!

MARG. No quiero.

ROSAL. Papá lo manda,

MARG. A mí no me manda nadie.

ROSAL. ¡Vaya una respuesta fea!

MARG. ¡Mejor!

VÍCT. ¡Niña!

MARG. (*Furiosa.*) ¡Bah! Dejadme.

ROSAL. ¿Qué es esto? Inmediatamente
vas á obedecer; ¿qué haces
(*A Víctor.*)
que no la obligas?

MARG. ¡No quiero!

VÍCT. (*Coge á la niña, á pesar de sus
gritos, y se la lleva.*)
¡Basta! ¡Ya no hay quien te
[aguante!

ROSAL. Gracias á Dios que comienzas,
Víctor, á tener carácter.
Concedáanos Dios constancia
para ser perseverantes.

CAE EL TELÓN

LOS ENCAJES

El encaje es un tejido sutil y transparente, compuesto de puntos ó nudos, formados por el cruce de varios hilos, los cuales están combinados de modo que representan dibujos. Para hacer encaje hay que entrecruzar los hilos, construyendo con ellos una verdadera red ó malla, en la que el tejido sigue las formas geométricas (triángulos, cuadrados, rombos, exágonos, octógonos, etc.), y sobre la base de ese tejido tan ligero está armado el dibujo, en que se combinan aquellas figuras ó adornos que más agraden á la bordadora. Para que esa red tenga consistencia es necesario que las formas geométricas que con los hilos cruzados se hacen sean permanentes, á cuyo fin, cada vez que los hilos se cruzan, se hace un nudo con ellos.

Una almohadilla hecha con una plancha de madera muy delgada, recubierta ó tapizada, y á la que se le da una forma oval; una tira de papel sobre la que está marcado el dibujo que se quiere reproducir; bolillos de madera en número suficiente, más ó menos grandes, en razón de lo largo y complicado que haya de ser el encaje; hilo ó seda, y una buena cantidad de alfileres, he aquí todos los elementos que necesita una bordadora para fabricar el encaje más delicado y más fino.

Los alfileres son imprescindibles, porque gracias á ellos se pueden fijar los nudos que representan los ángulos de las figuras geométricas de que la malla se compone. Así, cuando ésta es triangular, por ejemplo, coge la bordadora del paquete de bolillos que tendrá á su derecha varios de ellos, y con el hilo que tienen devanado hará tantos cruces como ángulos, pasando después los bolillos á la izquierda, y en cada ángulo, después de hacer el nudo, colocará un alfiler sujetando el hilo, y así irá poniendo tantos alfileres como puntos de apoyo, nudos ó ángulos tenga el dibujo.

Los encajes de hilo de lino más hermosos son los flamencos, y tanto los de Bruselas, en los cuales trabajan siempre varias obreras, haciendo cada una de ellas aquella parte en que es especialista, y así una hace el fondo, otra las flores y otra el bordado, como los de Malinas, más



fuertes y duraderos que los otros, pero de un trabajo menos perfecto, han gozado siempre de una nombradía universal.

España ha sido también famosa en la antigüedad por sus encajes, y aun hoy existe esta industria, que tiene su centro en Almagro.

Otros encajes notables ha habido, tales como los de Alençon, los de Valenciennes, los de Venecia y los de Inglaterra, siendo los dos primeros imitaciones, más ó menos perfectas, del encaje ó punto de Venecia, y el de Inglaterra, una imitación de los encajes flamencos.

No puede precisarse en qué época se inventó el encaje. Si se considera que éste no es en el fondo más que una especie de bordado muy delicado, es positivamente muy antiguo, pues la Biblia habla de cortinas hechas con telas finísimas, bordadas con dibujos hechos á la aguja, que representaban querubines; en el libro de Salomón se dice que la hija del rey se presentará vestida de bordados; Minerva castigó á Azachue, que pretendía bordar mejor que la diosa, convirtiéndolo en araña (arácnido); Homero cuenta que la bella Elena, causa de la guerra de Troya, llevaba velos magníficamente bordados para ofrendarlos á Minerva, con objeto de calmar su enojo, y, por último, la famosa tela de Penélope no era más que un bordado ó encaje, al que nunca ésta le daba fin, tal era su complicación. En las pinturas funerarias de los egipcios se ve que los vestidos de gala eran de un tejido parecido á una red ó malla, sobre la cual había bordados. Entre otros objetos encontrados en las excavaciones de Portici, hay una estatua en mármol, de Diana, vestida al uso de las damas romanas, y que en el borde del vestido tiene un encaje de una pulgada de ancho, pintado de rojo.

En la Edad Media el arte del encaje tuvo un desarrollo grandísimo, y se hicieron con hilo, seda, oro y plata. La vida que hacían las señoras de la época era la más á propósito para dedicarse á esas labores, pues de una parte las continuas guerras, la falta de caminos y la inseguridad que había para poder utilizarlos, eran causas de que los viajes fueran casi desconocidos y de que cada cual estuviese encerrado en su castillo ó en su casa. Era costumbre entonces que los vasallos de cierta importancia enviasen sus hijas á los palacios de los señores para que allí se instruyesen en las labores, tales como hilar, bordar y hacer encajes.

Se cuenta que las damas españolas del siglo xvii usaban, debajo de los vestidos, diez y doce enaguas cuajadas de encajes costosos, de hilos, sedas y oro, que les llegaban hasta el talle.

Cuando murió la reina Isabel de Inglaterra se encontraron en sus guardarropas 3.000 vestidos adornados de encajes, y no era un hecho extraordinario el de pagar 4.000 libras por unos puños de encaje de los que los hombres usaban.

Bien es verdad que esos puños eran de encaje de Valenciennes, del cual una obrera diligente sólo podía hacer 35 centímetros diarios, si no eran de otro modelo del cual no podía hacerse más de 36 centímetros al año.

JUAN ANTONIO

LA CODICIA ROMPE EL SACO...



El santo de Panchito su mamá le llevó á una confitería para que eligiera un regalo...



Este, que era muy ambiciosillo, fué recorriendo todos los dulces, pasteles y tortas sin decidirse.



Al ver un monumental castillo de dulces, lo señaló con entusiasmo; ¡ese era el que quería!



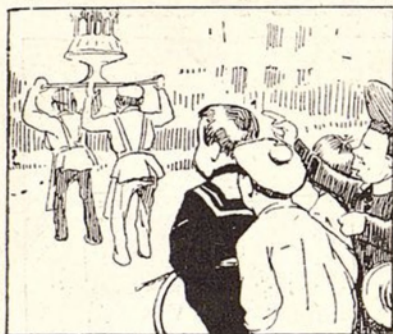
Su mamá trató en vano de convencerle de que él era demasiado pequeño para tal plato montado.



Pero como la imposibilidad de hacerle comprender la razón, le compró lo que quería: ¡el mayor de la tienda!



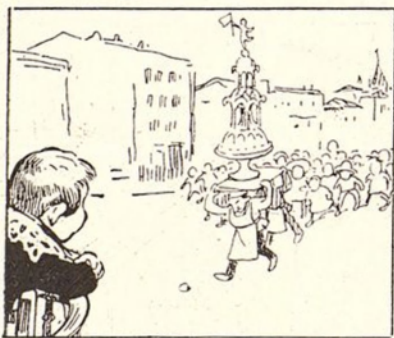
Una hora después salían los dependientes con el apetecido encargo.



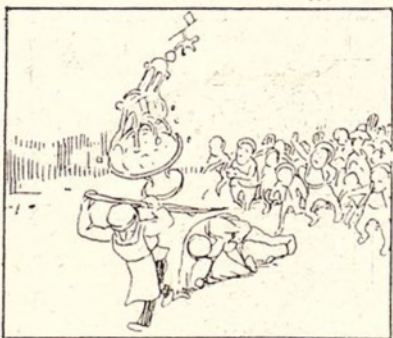
La gente menuda que veía pasar tan sugestivo regalo, quedaba atónita y se relamía de gusto.



Y pronto se formó detrás, en interminable escolta, pensando lo rico que debía saber.



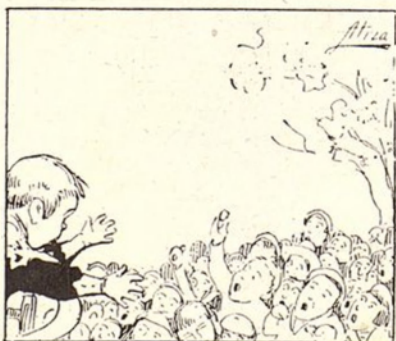
Panchito esperaba ansioso en el balcón, cuando vio aparecer aquella estupenda procesión.



De repente, cuando ya se disponía él en persona á correr á la puerta... un percance inesperado...



hizo desmoronarse en mil pedazos el dulce de Panchito, entre la consiguiente algazara infantil.



Y comprendió tarde su error, al ver que la casualidad repartió entre muchos lo que era demasiado para uno solo.